

pues tres santas mujeres son tu guarda,  
y allá en la corte ampárate del cielo,  
y te anuncio yo acá lo que te aguarda?—

Cual florecillas que al nocturno hielo  
abatidas se cierran, si las dora  
el sol, levantan la cerviz del suelo,

tal sentí, tras fatiga abrumadora,  
luego tan vivo ardor ir por mis venas,  
que resuelto exclamé con voz sonora:

—¡Piadosa aquella que acudió á mis penas,  
benigno tú que obedeciste presto  
á sus palabras de verdades llenas!

Tú con las tuyas en mi pecho has puesto  
del viaje singular codicia tanta,  
que me torno ya firme al fin propuesto.

Ve, que á tu anhelo el mío se adelanta:  
sé mi maestro, mi señor, mi guía.—  
Dije, y no bien Marón movió la planta,  
ya le seguí por la silvestre vía.

### CANTO III

Llega el Poeta á la puerta del Infierno, y lee sobre ella una inscripción espantosa. Entra precedido del buen maestro, y ve en el vestibulo el castigo de los indiferentes, que pasaron la vida sin hacer nada en el mundo. Llega á la ribera de Aqueronte, donde el infernal barquero trasiega las almas de los condenados, y allí, deslumbrado por un relámpago de fortísima luz, cae sumergido en un sopor profundo.

*—Por mí se va á la ciudad doliente,  
por mí al abismo del tormento fiero,  
por mí á vivir con la perdida gente.*

*La justicia á mi autor movió severo:  
me hicieron el poder que á todo alcanza,  
el saber sumo y el amor primero<sup>1</sup>.*

*Antes de yo existir no hubo creanza:  
la eterna sólo, y eternal yo duro:  
¡oh los que entráis! dejad toda esperanza.—*

Estas palabras vi con rasgo obscuro  
en lo más alto escritas de una puerta:  
—Maestro, dije, su sentido es duro.—

Y él replicóme cual persona experta:  
—Aquí es bien que el temor dejes á un lado,  
y que toda flaqueza yazca muerta.

Al lugar que te dije hemos llegado,  
do en pena está la multitud sombría  
en quien la luz del bien hase apagado.—

Su mano en esto uniendo con la mía,  
con leda faz que me volvió el aliento,  
de los secretos me empujó en la vía.

Ayes allí, suspiros y lamento  
sonaban por un aire sin estrellas;  
con que opreso me vi de sentimiento.

Hablas mil, voces hórridas, querellas,  
palabras de dolor, ira que espanta,  
roncas blasfemias, manotear con ellas,

alzan rumor, en discordancia tanta,  
que el gran ámbito llenan por repentes,  
como la arena que el turbión levanta.

Y yo, en tremenda confusión las mientes,  
dije:—¿De quién, maestro, es ese grito,  
y quién son esas tan perdidas gentes?—

Y él me dijo:—Así el número infinito  
pena de aquellas almas que vivieron  
sin virtud en la tierra y sin delito;

que á los ángeles luego aquí se unieron  
que no fueron traidores ni leales  
á Dios, mas sólo por sí propios fueron.

Por no amenguar sus brillos celestiales  
los lanza el alto, y los rechaza el bajo  
porque achican su horror huéspedes tales.—

Y exclamé:—¿Qué destino así les trajo,  
qué grave mal á padecer tan fuerte?—  
—Te lo diré (me dijo) sin trabajo.

Esos no esperan bienhechora muerte,  
y es su existencia tan amarga y lasa,  
que envidiosos están de cualquier suerte.

Su huella el mundo ni conserva escasa:  
el perdón, la justicia los desdeña...<sup>2</sup>  
No hablemos de ellos, sino mira y pasa.—

Y yo que obedecí, vide una enseña  
que iba girando al tiempo que corría,  
pues en no darse paz tanto se empeña.

Y muchedumbre tal detrás venía,  
que al verla junta, vacilando quedo  
si tal riza aun la muerte hacer podría.

Así que distinguir los rostros puedo,  
miro con más fijeza, y vi entre varios  
al que la gran renuncia hizo por miedo<sup>3</sup>.

Y entendí al punto que eran los sectarios  
de aquella secta de ánimos pasivos  
no agradables ni á Dios ni á sus contrarios.

Esos, que no estuvieron nunca vivos,  
iban desnudo el cuerpo, y les herían  
avispas y abejones vengativos.

Y sus rostros de sangre se cubrían  
que, cayendo entre lágrimas, cuajada  
en sus pies, mil gusanos se comían.

Mas la vista á otra parte encaminada,  
almas al borde vi de un río ingente;  
conque exclamé:—Maestro, ¿no te agrada

decir quién son, y el hábito impaciente  
que á pasar tan ligeras las apronte  
como estoy viendo entre el brumoso ambiente?—

Y él:—Quienes sean á saber disponte  
cuando hagamos un alto en nuestro viaje  
por las tristes riberas de Aqueronte.—

Aquí me hace el rubor que al suelo baje  
los ojos, de cansarle temeroso,  
y mudo voy hasta el fluvial paraje.

Y en llegando, á un anciano en barco añoso  
vimos venir, de viejo blanco el pelo,  
—¡Ay de entrambos! (gritando pavoroso):

almas inicuas, no veréis ya el cielo;  
para llevaros vengo á la otra riba,  
entre las sombras, el calor y el hielo.

Y tú, ¿qué haces aquí, criatura viva?  
Parte, aléjate de éstos que son míos.—  
Mas cuando el nauta vió que no me iba,

—Por sitios (exclamó) menos impíos,  
no por éstos á ti pasar te toca:  
ve á buscar otros puertos y navíos.—

Y mi gufa:—Carón, tu ira sofoca:  
*allá donde se puede lo han querido,*  
palabras deja y resistencia loca.—

La faz lanosa en esto ha descogido  
el piloto del agua triste y muda,  
cuya vista giró globo encendido.

Mas de ánimas la grey lasa y desnuda  
mudó el color y tiritó de dientes,  
en cuanto la amenaza oyó sañuda.

Y de Dios, y sus padres y parientes  
blasfemaron, y el suelo maldijeron,  
y la luz que los puso entre las gentes.

Con gran llanto después se recogieron  
todas á la ribera macilenta  
que aguarda á los que al cielo no temieron.

Allí Carón las junta y las recuenta,  
genio infernal, con la pupila roja,  
y el remo á las más tardas les asienta.

Cual árbol que al otoño se despoja,  
perdiendo su verdor ramo tras ramo,  
hasta que al suelo da la postrer hoja,

esas almas así, siervas sin amo,  
van lanzándose al barco una por una,  
á la señal, cual aves al reclamo.

Y atraviesan la lívida laguna,  
y antes de que la playa opuestan llenen,  
ya nueva multitud de acá se aduna.

—Los que, al morir, perdón de Dios no tienen  
(dijo el cortés maestro), ¡oh hijo mío!  
de las regiones todas aquí vienen;

y prontos son á atravesar el río,  
 porque el juicio eternal los espolea,  
 y les muda el temor en ansia y brío.

Aquí nunca se ha visto alma no rea;  
 y si Carón de ti, torvo, se extraña,  
 motivo no le falta porque sea.—

Dijo Virgilio, y la infernal campaña  
 tan fuerte retemblo, que del espanto  
 todavía el sudor mi frente baña.

Y alzóse viento en la mansión del llanto,  
 y una rojiza luz brilló en su linde,  
 que todos mis sentidos turbó tanto,  
 que caí cual mortal que el sueño rinde.

## CANTO IV

El Poeta, despertado por un trueno, prosigue su camino, y baja al Limbo, que es el primer cerco del Infierno, donde se hallan las almas de los que, aun cuando vivieron una vida arreglada á la razón y á la virtud, son excluidos del Paraíso porque no fueron regenerados por las aguas del Bautismo. De allí bajan al cerco segundo.

Trueno atroz que en mi frente ha restallado  
 rompió mi grave sueño, y sacúdime  
 cual hombre que por fuerza es despertado;

y en derredor á reposar pusíme,  
 por conocer los sitios donde estaba  
 rectos los ojos que el sopor oprime.

Y vi que hacia la proa me encontraba<sup>1</sup>  
 de la val del abismo dolorosa  
 que de ayes infinitos retumbaba.

Era honda, y oscura, y nebulosa,  
 tanto, que, aunque llegaba á lo profundo,  
 la vista á distinguir no alcanza cosa.

—Bajemos allá, pues, al ciego mundo  
 (empezó el vate pálido y movido),  
 seré á entrar el primero: tú el segundo.—

Mas cuando así el color le vi perdido,  
 —¿Yo entrar (le dije), si el temor tú sientes,  
 tú que mi solo aliento y fuerza has sido?—

Y él á mí:—La desdicha de las gentes  
que allá en lo bajo están, mi rostro tiñe  
de piedad, que terror juzgan tus mientes.

Vamos, que el largo viaje nos constriñe.—  
Lanzóse en esto, y le seguí al interno  
cerco primero que el abismo ciñe.

En él, á lo que escucho, un eco tierno,  
sin lloro alguno, de suspiros suena,  
que el aura agita del espacio eterno;

y era el dolor que, sin martirio, apena  
á varones, á infantes y á mujeres  
de que aquella mansión se encuentra llena.

Y el Maestro exclamó:—¿Saber no quieres  
los que en este lugar son apartados?  
Óyelo, pues, antes que dél salieres.

Son los no pecadores, que han mostrado  
virtudes: mas en vano, que el bautismo,  
puerta de la fe tuya, no han tocado.

Ó si antes fueron ya del cristianismo,  
no amaron bien á Dios, según yo creo,  
y ¡ahl de esos infelices soy yo mismo.

Tal fué nuestro delito, y no más feo,  
y en castigo por él se nos ajusta  
vivir sin esperanza y con deseo.—

Mi alma de oirlo se entristece adusta,  
porque harta gente conocí que gime  
suspensa en aquel Limbo, grande, augusta.

—Dime, maestro mío; señor, dime  
(exclamé yo); para vivir más cierto  
de aquella fe que todo mal redime;

¿salió ya de aquí alguno, por su acierto  
ó mediación ajena, á ser dichoso?—  
Y él, penetrando mi decir no abierto:

—Era nuevo yo aquí (dijo afectuoso)  
cuando á uno vide descender fulgente,  
coronado de signo victorioso<sup>2</sup>.

Y el ánima de Adán sacó potente,  
de Abel, y del que Dios salvó en el Arca,  
de Moisés, legislante y obediente;

de Abraham, caudillo, y de David, monarca  
de Israel, con su prole y padre amado;  
de Raquel, por quien tanto hizo el patriarca<sup>3</sup>,

y de otros muchos, y ensalzó su estado;  
pues sabrás que ninguno, hasta ese instante,  
de la humana familia fué salvado.—

Á la vez que él hablaba, iba adelante;  
mas aun, en nuestra vía, nos rodeaba  
de almas la espesa selva pululante;

y mucho adentro el pie no penetraba,  
cuando vi un resplandor que allá lucía,  
y el hemisferio obscuro iluminaba.

Y éramos dél lejanos todavía,  
mas tanto no que no se viera en parte  
que alta gente ese espacio contenía.

Y:—¡Oh tú! (exclamé) que sabes ciencia y arte:  
¿quién son esos que logran ¡merced rara!  
que así de los demás se les aparte?—

—La nombradía (respondió) preclara  
que allá en el orbe tuyo han obtenido,  
ese favor del cielo les depara.—

Entretanto esta voz llega á mi oído:  
*Honorad al altísimo Poeta:*  
*su sombra torna ya, que ausente ha sido<sup>4</sup>.*

Callada aquí la voz, y el aura quieta,  
vi cuatro grandes sombras acercarse  
con faz que ni placer ni pena inquieta.

Y empezó el buen maestro así á explicarse:  
—¿Ves aquel de luciente espada en mano,  
como rey á otros tres adelantarse?

Homero es ese, el vate soberano:  
el satírico Horacio detrás viene,  
Ovidio luego, el último Lucano.

Y á todos el renombre<sup>5</sup> nos conviene  
que el coro á mí me dió; y él por mí vela,  
y el honor que me es dado me previene.—

Junta así logré ver la insigne escuela  
de aquel monarca del cantar brillante  
que águila audaz sobre los otros vuela.

Después que hablaron entre sí un instante,  
salud me dan con amigable gesto,  
que á mi maestro le alegró el semblante.

Y aun obtuve favor más manifiesto;  
pues el grupo su igual me considera,  
con que de escuadra tal halléme el sexto.

Y fuimos yendo hacia la gran lumbrera,  
cosas hablando que es callar sencillo,  
cual dulce entonces escucharlas era.

Y al pie llegamos de caudal castillo  
que un muro siete veces asegura,  
y ciñe de un arroyo el puro brillo.

Por él pisamos cual por tierra dura;  
siete puertas pasamos con sus naves,  
y á un prado fuimos de eternal verdura.

Allí á muchos, con ojos tardos, graves,  
y majestuosa faz, vimos presentes,  
y hablando breve y con acentos suaves.

Y á un lado nos pusimos eminentes,  
en sitio abierto, sin que luz nos falte,  
y á todas viendo las diversas gentes.

Allí derecho sobre el verde esmalte,  
las grandes sombras me mostraron luego  
que hacen que el pecho de entusiasmo salte.

Y á Electra<sup>6</sup>, y á otros muchos vi en sosiego;  
junto á Eneas piadoso, Héctor osado,  
y en armas César, con mirar de fuego.

Y vi á Pentesilea<sup>7</sup> hacia otro lado,  
y á Camila<sup>8</sup> detrás, y al rey latino  
con Lavinia su hija allí sentado.

Y vide á Bruto el que arrojó á Tarquino,  
y á Lucrecia, Cornelia<sup>9</sup>, Marcia<sup>10</sup>, Emilia<sup>11</sup>;  
y de todos aparte, á Saladino<sup>12</sup>.

Tras pausa breve que mi vista auxilia,  
vi después de las ciencias al maestro<sup>13</sup>,  
entre la filosófica familia.

Todos le honran y admiran por más diestro,  
con él están los Sócrates, Platones,  
ya al derecho lugar, y ya al siniestro.

Demócritos que dudan las acciones,  
Anaxágoras, Diógenes y Thales,  
Empédocles, Heráclitos, Zenones;

y á Dioscórides vi, que naturales  
substancias analiza, á Lino, á Orfeo,  
y á Marco Tulio y Séneca morales.

Al geómetra Uclide, á Tolomeo,  
á Hipócrates, Galeno y Avicena,  
y al árabe Averroes<sup>14</sup> también veo.

Mas de todos narrar fuera gran pena,  
y el vasto asunto á suspender me exhorta  
decir que á veces la verdad no llena.

Aquí el coro de seis, de dos se acorta;  
y del lugar sereno el sabio guía  
á otro me lleva, donde el alma absorta  
vuelve al horror de la tiniebla umbría.

## CANTO V

Á la entrada del segundo cerco encuentra DANTE á Minos, que es el juez de los culpados. Ya dentro de él, ve á los condenados por lujuria, cuya pena consiste en verse eternamente sacudidos por fierisimos vientos en un ambiente obscuro y tenebroso. Entre esos infelices reconoce á Francisca Arminio, vulgarmente llamada de Rimini, de la cual escucha la historia lamentable de sus desgraciados amores.

Así del cerco primo fuí al segundo  
de más corta región, pero más llena  
de horrible grito de dolor profundo.

Allí Minos está con faz de hiena.  
Á la entrada examina al que ha llegado,  
y, según lo que oyó, juzga y ordena.

En cuanto cada espíritu malvado  
es á su frente, se confiesa breve;  
y aquel sabidor grande de pecado

ve á qué sitio del Orco se le lleve,  
y ciñe con la cola tantas vueltas  
cuantos grados al fondo bajar debe.

Siempre hay en torno suyo ánimas sueltas,  
yendo ó viniendo del funesto juicio,  
ó sus causas oyendo ya resueltas.

—¡Oh tú que vienes al tremendo hospicio!  
(dijo Minos, al ver la imagen mía,  
parando el acto de tan grande oficio).

*Mira do vas á entrar y quién lo fia:  
no la amplitud te engañe de la boca.—*  
—¿Por qué así gritas? (díjole mi guía).

Impedir su destino no te toca:  
allá donde se puede lo han querido;  
*palabras deja y resistencia loca.—*

Ora á sonar empiezan en mi oído  
los ecos de dolor: ora he llegado,  
do inmenso llanto el alma ha suspendido.

Y entré al lugar de toda luz privado,  
que mugía cual mar que se atempesta,  
si es de vientos contrarios azotado.

La borrasca infernal siempre dispuesta,  
lleva las almas con estrago y ruina,  
las revuelve y percude, y las molesta;

y cuando ya á estrellarlas se avecina,  
allí es el llanto y el fragor que meten,  
y el blasfemar de la virtud divina.

Esos á quien los vientos acometen,  
los pecadores son torpes, carnales,  
que al apetito la razón someten.

Que, como al estornino á desiguales  
vuelos obliga el tiempo no propicio,  
así los lleva en sulcos eternos

aquí y allí su doloroso oficio,  
sin la esperanza del consuelo blando,  
no que de paz, mas de menor suplicio.

Y cual grullas, su triste ¡ay! cantando,  
hacen de sí, en el aire, larga fila,  
tales vide venir, ayes lanzando,

sombras que á grupos la borrasca apila.  
—¿Y de quién (dije) ¡oh sabio! es la luctuosa  
turba que el viento escacha y aniquila?—

—La primera que ves, de frente hermosa,  
dominando el asiático hemisferio,  
reina fué de cien lenguas<sup>1</sup> bien famosa;

y del cuerpo cedió tanto al imperio,  
que erigió en ley el vicio que la empece<sup>2</sup>,  
por arrancar su nombre al vituperio.

Semíramis ha sido. Ayer parece  
la vió esposa de Nino y sucesora  
la tierra que al Soldán hoy obedece.

Esa es la triste á quien la vida azora,  
de Siqueo á los manes ya perjura<sup>3</sup>,  
y Cleopatra lasciva esa que llora.—

Y vi á Elena, que dió tanta amargura,  
y nudo el pie, que aun sangre destilaba,  
al grande Aquiles con la frente obscura.

Y á Paris<sup>4</sup> y á Tristán<sup>5</sup> me señalaba,  
y á más á quien amor, de furia henchido,  
con desastroso fin la vida acaba.



Yo cuando á mi rector húbele oído  
tanta dama nombrarme y caballero,  
fuí casi opreso y de piedad vencido.

Y le dije:— Poeta, hablar espero  
á ese que unido par<sup>6</sup> se va abrazando,  
y se abandona al viento tan ligero.—

Y á su vez respondió:—Verásle cuando  
más cerca esté; y entonces tú les ruega  
por el su amor, y á ti vendrán volando.—

Y el remolino apenas las allega,  
ya les grité:—Venid, almas cuitadas,  
con nos á hablar, si el Alto no lo niega.—

Cual palomas que vuelan disparadas,  
tendida el ala y firme, al dulce nido,  
de su amorosa voluntad llevadas

así dejaron el tropel de Dido,  
á nos viniendo por el aire inmundo:  
¡tanto fuerte el reclamo les ha sido!

Y ella dijo:—Ser bueno, que al profundo  
vienes á visitar á los que habemos  
de nuestra sangre así teñido el mundo,

por ti al Rey de los orbes pediremos,  
si aun algo á su infinito amor nos liga,  
pues tanto nuestro mal sentir te vemos.

Y cuanto quieras hoy que escuche, ó diga,  
te será por mí dicho y escuchado,  
mientras el viento así callando siga.

En el suelo nací del Po bañado,  
y junto al mar do lánzase impetuoso,  
de arrastrar tantos ríos fatigado.

Amor que prende raudo en pecho hermoso,  
á éste abrasó por la gentil persona  
que perdí, y aun me ofende el modo odioso.

Amor, que á amantes con amor corona,  
por éste me cogió placer tan fuerte,  
que aun aquí, como ves, no me abandona:

amor, en fin, nos deparó igual suerte;  
y el cerco do Caín gime violento<sup>7</sup>,  
aguardando está á aquel que nos dió muerte.—

No bien calló, doblé yo sin aliento  
mi frente opresa de dolor no escaso;  
y él me dijo:—¿Dó está tu pensamiento?

Y yo exclamaba por respuesta:—¡Ay laso!  
¡Cuánta dulzura de zozobras llena  
llevarlos pudo al miserando paso!—

Y á ellos vuelto, empecé:—Tan honda pena,  
rasga el pecho, Francisca, y la faz siente  
correr de pío llanto larga vena.

Mas dime: al tiempo de tu mal creciente  
¿cuándo y cómo los ímpetus sentiste  
de ir hasta el fondo del deseo ardiente?—

Y ella exclamó:—Mayor dolor no existe  
que el feliz tiempo recordar consunto,  
y éste lo sabe, en la miseria triste.

*Recordando  
los días de pla-  
cer aumenta  
la pena.*

Mas pues quieres principio y causa junto  
saber de nuestro amor con tanto anhelo,  
vas á verme llorar y hablar á un punto.

Leíamos un día por consuelo,  
cómo fué Lancelot de amor herido:  
solos éramos ambos, sin recelo.

Cien veces á llorar nos ha movido,  
y á perder la color del libro el arte;  
mas un punto no más nos ha perdido.

Cuando á leer llegábamos la parte  
do aquél bebe de amor el beso blando,  
éste, que ya de mí jamás se aparte,

la boca me besó todo temblando.  
Galeoto<sup>o</sup> fué el libro, y aquel día,  
ya nada más leímos.—Así hablando

un espíritu, el otro tal gemía,  
y con tan hondo llanto, que me trae  
piedad inmensa á extremo de agonía;  
y caí como cuerpo muerto cae.

## CANTO VI

Recobrado el sentido, se halla el Poeta en el cerco tercero, en el que se castiga el vicio de la gula con la pena de ser batidos los condenados por una fortísima lluvia mezclada de grueso granizo, y ensordecidos al mismo tiempo por los horribles ladridos de Cerbero, que además los desgarran con uñas y dientes. Entre esos infelices encuentra á su compatriota Ciaco, con el que se entretiene hablando de las cosas de Florencia.

Al cobrar la razón que hube perdida  
de piedad por aquellos deudos caros  
que así el alma dejáronme abatida,

doquiera que los ojos vuelvo claros,  
sólo llego á mirar, doquier me mueva,  
atormentados y tormentos raros.

Pasa que en este espacio siempre llueva,  
y esta es la tercia región horrible, aleve,  
que modo y calidad jamás renueva.

Granizo espeso, y agua turbia, y nieve  
cae por la oscura atmósfera perversa,  
y repudre la tierra que la bebe.

Cerbero, fiera á las demás diversa,  
allí trifauce can se encoleriza,  
cruel con la postrada gente inmensa.